

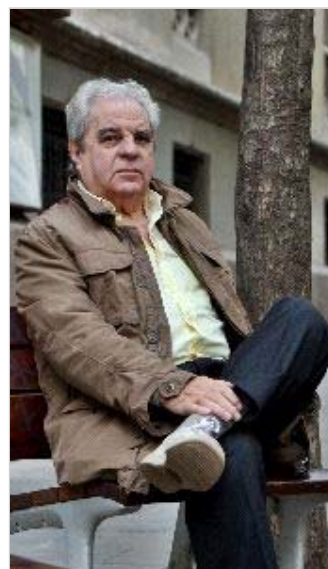
COSAS TRANSPARENTES

Ronda Marsé

Juan Marsé sigue teniendo ojos de niño. Un niño rabioso que mira al mundo de reojo, pone cara de pocos amigos y se va tras la fantasía

07.11.08 - JOSÉ A. GARRIGA VELA

«HE aquí un hombre que espera cualquier autobús en cualquier parada. Ceñudo, maldiciente, tiene la pupila desarmada y descreída, escépticos los hombros, la nariz garbancera y un relámpago negro en



el corazón de la memoria. El tipo es bajo, desmañado, poco hablador, taciturno y burlón. No ha tenido mucho gusto en haberse conocido, habría preferido pasar de largo de sí mismo, pero acepta resignado el saludo hipócrita del espejo y la broma pesada de la vida: al nacer se equivocó de país, de continente, de época, de oficio y probablemente de sexo.» Así ve Juan Marsé a Juan Marsé, y añade: «Hay en los ojos harapientos, arrimados a la nariz tumultuosa, una incurable nostalgia del payaso de circo que siempre quiso ser. Le habría gustado enmascararse, disfrazarse, camuflarse, ser otro. El Coyote de las Ánimas. El jorobado del cine Delicias. El vampiro del cine Rovira. El monstruo del cine Verdi. El fantasma del cine Roxi. Nostalgia de no haber sido alguno de ellos. Es flácida la encarnadura facial, quizá porque la larga ensoñación detrás de las máscaras imposibles, el aburrimiento y el alcohol y la luctuosa telaraña franquista de casi cuarenta años abofetearon y abotargaron las mejillas y las ilusiones. Ama las tabernas y las papelerías de barrio y los flancos luminosos de los quioscos que exhiben tebeos y novelas baratas de aventuras. Las banderas le producen auténtico terror. Come ensaladas y escribe a mano. Es terco y perseverante tanto en sus amores como en sus odios. Es también el espécimen más vocacionalmente gandul que conozco. Y en un país en el que nadie dimite jamás, su actividad soñada es dimitir de todo, del tiempo y del espacio. Y dimitir incluso de estas palabras que ahora acaba de escribir. De ahí quizá su actividad real: matar el tiempo y el espacio con espejismos que reflejen el rojo sol de la verdad.»

Juan Marsé se viste de diablo y está dispuesto siempre a ir al infierno. Se declara anticlerical militante como su padre y antinacionalista catalán, español, andorrano, chino, albanés y peruano. Yo lo persigo desde hace cerca de cuarenta años, desde que me encerré con él en un mismo juguete que funciona con la cuerda de las palabras. Creo que lo que nos hizo escribir fueron los sueños personales y privados. Cabreado por el paso del tiempo y la marcha del mundo, como señala Marcos Ordoñez, Juan Marsé pertenece al Club de la Santa Ira. Para él «el éxito tiene escaso interés y si te descuidas es una cosa empalagosa y de consecuencias muy nefastas. El fracaso te enfrenta con la esencia de la vida». No le gusta cultivar la imagen pública; le parece obscuro. No concede entrevistas de televisión y sostiene que no las concederá nunca. No le gustan las ferias de libros ni los saraos culturales. Esta convencido de que mienten todos aquellos escritores que afirman que les agrada el contacto con los lectores. «No se necesita ese contacto, al contrario. Un escritor necesita soledad y entendedérselas consigo mismo.» La escritura es una batalla secreta y personal.

Hace ahora doce años recibí una carta de Juan Marsé. Me escribía a Málaga desde Barcelona para felicitarme por la novela que yo acababa de publicar. Él, junto con Manolo Vázquez Montalbán y Joan de Sagarra, fueron quienes

me convirtieron en un escritor visible en un mundo de espejismos, novedades y mentiras. Desde entonces, me permito vivir de los sueños. Ellos me encerraron en el juguete de las palabras. Nunca se lo agradeceré suficiente. Luego conocí a Juan Marsé en la Feria del Libro de Madrid, en el año 2000. Él estaba aburrido bajo la Uralita de la caseta, pensando en otra cosa. Me dedicó 'Rabos de lagartija' y me llamó la atención su timidez y humildad; casi parecía que yo era Marsé y él Garriga. Le oigo hablar y tengo la sensación de que radiografía mis sentimientos. Lo persigo por la escenografía de sus novelas; por el territorio de la infancia y la adolescencia que le fue escamoteada: «La niñez indigente y callejera, flanqueada por las altas tapias imperiales de lo prohibido, clama todavía en esa cara aniñada y en ese pelo ensortijado». Marsé sigue teniendo ojos de niño. Un niño rabioso que mira el mundo de reojo, pone cara de pocos amigos, y enseguida se va tras la fantasía y las muchachas rubias de ojos azules que guían coches deportivos y que viven en San Gervasio; el barrio de la zona alta de la ciudad de la adolescencia.

La editorial Candaya acaba de publicar 'Ronda Marsé', un libro que cubre la trayectoria narrativa de Juan Marsé a través del testimonio de cerca de ochenta textos de escritores seleccionados por Ana Rodríguez Fischer. También se recogen las críticas y ensayos que se han realizado sobre la obra de este escritor capaz de hacer ver al lector lo que está leyendo y llevarlo adónde quiere; porque Marsé trabaja más con imágenes que con ideas, ideas transmitidas a través de la imagen. Hay una indudable influencia del cine: «Para mi formación el cine clásico es tan importante como la literatura». 'Ronda Marsé' contiene un documental inédito de Xavier Robles Sárries titulado 'Un jardín de verdad con ranas de cartón', que muestra imágenes y declaraciones del escritor que cambió de padre en un taxi de Barcelona y que a los trece años trabajó de chico de los recados; antes de convertirse en joyero. Una labor que tal vez repercutió en su manera artesanal de entender la escritura. Hay que pulir la palabra con cuidado y sin prisas, como una piedra preciosa. He de agradecer a la editorial Candaya que haya abierto la casa del amigo que me encerró en un juguete para contarme 'aventis', hace ya de eso cuarenta años.